

DON MARCELO, CARDENAL OBEDIENTE Y LIBRE

CINCUENTA AÑOS DE OBISPO

(Conferencia pronunciada en Toledo, el 12 de mayo de 2011 en la fiesta de San Juan de Ávila)

Agradezco muy sinceramente a nuestro Sr. Arzobispo de Toledo y Primado de España, Don Braulio Rodríguez, y a Don Miguel, Delegado Episcopal del Clero, la invitación que me han hecho para pronunciar esta conferencia, en la conmemoración de San Juan de Ávila, cuando se cumplen los cincuenta años de la Consagración Episcopal del Sr. Cardenal Don Marcelo González y cuando este servidor de Uds. hace las Bodas de Oro con el sacerdocio. Todo es para mí, además de un honor, motivo de profunda satisfacción.

De mí persona, al celebrar los cincuenta años de sacerdote, deseo decir sólo una palabra, con dos añadidos: Gracias a Dios y a todos.

De Don Marcelo hablaré con más amplitud, porque la persona y su obra bien lo merecen. Y lo primero que advierto es lo difícil que resulta resumir en una conferencia la vida de persona tan grande. Voy a exponer algunos hechos y unas pocas reflexiones sobre cómo ejercitó dos virtudes, que tienen valor permanente y que hoy son de viva actualidad: la libertad y la obediencia, que pueden parecer difíciles de conciliar y él las practicó en su vida con una vinculación muy estrecha, con la misma perfección con que acoplaba en su predicación la doctrina más limpia y la belleza más perfecta al exponerla.

Recuerdo una escena muy conocida de la vida de San Agustín, cuando estaba paseando por la playa de Ostia y se encontró con un niño, que quería guardar toda el agua del mar en un hoyo, que estaba haciendo con sus manos en la arena. Resumir la vida de Don Marcelo no es tan difícil como recoger toda el agua del mar en un hoyo. Pero tampoco es tarea fácil.

Y empiezo hablando del Santo Obispo de Hipona, porque la persona de San Agustín y la devoción que le profesó Don Marcelo son esenciales en la vida de éste, desde su nacimiento hasta su muerte.

Es el Patrono de Fuentes de Nava, provincia de Palencia, el pueblo de su madre.

La Virgen de Gracia, devoción que sembraron y fomentaron los PP. Agustinos, es la Patrona de Villanubla, provincia de Valladolid, donde nació y creció Don Marcelo.

Cuando el Papa Pablo VI le nombró cardenal, el año 1973, le asignó, como iglesia titular en Roma, la de San Agustín.

El Santo Obispo de Hipona fue un modelo para Don Marcelo toda su vida e inspiración muchas veces de sus innumerables sermones.

Voy a empezar definiendo qué es libertad y qué es obediencia y exponiendo cómo practicó Don Marcelo estas dos virtudes, junto con otras, en momentos muy importantes de su vida.

Obediencia: Es el sometimiento de la propia voluntad a la del superior legítimo. La obediencia religiosa añade: con sumisión interior, viendo en el superior al representante de Dios.

Libertad: Es la capacidad de usar las propias facultades para actuar de una manera o de otra, sin coacción alguna.

La dificultad puede surgir cuando alguien recibe del legítimo superior un mandato, y el interesado cree sinceramente que cumplirlo puede repercutir en perjuicio de un tercero y juzga hasta qué punto debe exponer los inconvenientes que él ve y acaso no conozca el superior, examinando si esos inconvenientes son objetivos o más bien son fruto de la comodidad o del egoísmo.

Primera ocasión que se le presentó: Su vocación sacerdotal

Cuando hizo la Primera comunión, a los ocho años, su madre les llevó a él y a su hermana Angelita, a visitar a tres tías monjas que tenía en el monasterio de las Huelgas Reales, de Valladolid. Sus tías le sugirieron que tenía que ser sacerdote y él de momento calló. Se lo dijeron de nuevo y dijo que no quería ser cura. Y sus tías le insistieron una y otra vez, acaso más de la cuenta, y él, con la firmeza del que no quiere dejarse dominar, aunque sea un niño, dijo de forma rotunda: "**He dicho que no quiero y ¡basta!**"

Y lo dijo con tal convicción y de forma tan contundente que sus tías se quedaron cortadas. Ya no insistieron más y le dejaron en paz. La madre llevaba a los niños a ver a las monjas una o dos veces al año. Cuando cumplió los once, le dijeron muy suavemente lo que suele decirse a todos los niños, cuando llegan a esa edad: "**Marcelo, has crecido mucho, cuando seas mayor ¿qué te gustaría ser?**"

Y él, muy resuelto, contestó: "**Voy a ser cura y quiero ir al seminario.**" La alegría que se llevaron sus tías se unió a la alegría y a la sorpresa de su madre, que hasta ese momento no le había oído ni una palabra sobre el asunto.

Y entonces sus tías, muy curiosonas, con una felicidad que no podían ocultar, le preguntaron y ¿por qué quieres ser cura? Y de nuevo con toda soltura, como si lo llevara preparado, respondió: “**Quiero ser cura para predicar**”.

¿Qué había ocurrido en el alma de aquel niño, para que se produjera un cambio tan radical? Además de la acción de la gracia de Dios, concurren varios hechos: Una joven del pueblo había hablado en la catequesis a los niños sobre el sacerdocio y sobre el seminario. Él se divertía arengando a los compañeros de la escuela, cuando éstos querían escucharle. Y, cuando no tenía otro auditorio, predicaba a los pucheros y a las ollas que su madre tenía en una habitación para recoger la leche, con la que hacía queso, pues ése era su medio de vida, y, viendo que el único que hablaba en público a todo el pueblo era el párroco, dijo que él quería ser cura para predicar.

De seminarista, se quedó sin doctorado

Terminó los estudios de teología en la Universidad de Comillas, a los 22 años. No podía ordenarse Sacerdote, por ser muy joven. Había obtenido notas brillantísimas e hizo una tesina, que el profesor que se la había dirigido, el jesuita P. Severino González, calificó como “casi tesis doctoral”, que fue publicada por la Universidad de Comillas el año 1942, como una de las mejores tesinas que se habían hecho en los cincuenta años de vida de la Universidad. Le estimuló para que volviera al curso siguiente. En un año podría completar el trabajo, que le serviría de tesis doctoral, y hacer las asignaturas que se requerían, y a los 23 años ser doctor en Teología. Se lo propuso a su Arzobispo, Don Antonio García y García, que le alabó el éxito en los estudios y la propuesta del profesor, pero no podía autorizarle que continuara estudiando, porque le necesitaba para profesor de primero de latín en el Seminario. “Más adelante –le dijo- ya hará el doctorado, estudiará Derecho Canónico y, dada la facilidad de palabra que Ud. tiene, acaso tendrá que hacer también Derecho Civil”. Más de uno comentó: “*El Arzobispo ha hecho una injusticia con Marcelo, le ha cortado la carrera tan brillante que llevaba*”. Él no escuchó ese canto de sirena, reingresó de nuevo interno en el Seminario de Valladolid, como profesor de primero de latín y formador auxiliar de niños del Seminario Menor, y no sólo obedeció y no se amargó, sino que trabajó con toda la ilusión.

Se ordenó sacerdote el año 1941. El 1943 fue nombrado Capellán del Colegio de las MM. Teresianas. Enseguida empezó a ser conocido como gran predicador, “elocuente orador sagrado” se decía entonces, y por sus escritos en los tres periódicos que había en Valladolid, y en varias revistas de la Iglesia de ámbito nacional. El año 1944 fue nombrado Vice-consiliario diocesano de A.C., de la que era consiliario Don Fernando Quiroga, que al año siguiente fue nombrado Obispo de Mondoñedo y después Cardenal Arzobispo de Santiago de Compostela. Cuando tenía 28 años, dos sacerdotes con mucho prestigio en toda

España, Don Zacarías Vizcarra y Don Ángel Sagarmínaga, le propusieron que fuera a Madrid como Viceconsiliario Nacional de A.C y a la Dirección Nacional de Misiones, como Director de “Catolicismo”, revista misional, muy difundida entonces. Al joven sacerdote le produjo gran ilusión la propuesta y lo comunicó al Sr. Arzobispo, diciendo que él estaba dispuesto a aceptarla, siempre que su Prelado le diera la autorización. El Sr. Arzobispo de nuevo alabó sus cualidades y el trabajo que estaba realizando en Valladolid y la satisfacción que le producía comprobar que dos sacerdotes tan eminentes con cargos nacionales se hubieran fijado en él, pero no podía darle el permiso que solicitaba, porque “le necesitaba en la Diócesis”. *“Pronto -le dijo- saldrá a oposición una Canonjía en la Catedral Metropolitana. Usted debe presentarse a esta oposición. Esperemos el resultado. Y después ya veremos...”*. A Don Marcelo le había gustado mucho la doble propuesta que le hicieron para estos cargos y le costó asumir la decisión de su Prelado, pero la aceptó con profunda obediencia y se puso a preparar las oposiciones, celebradas en julio de 1947, que le resultaron más que brillantes, brillantísimas.

En el primer ejercicio el Tribunal le calificó con un DIEZ, la nota máxima. En el sermón le pusieron otro DIEZ, con el siguiente añadido:

“El Tribunal, por unanimidad, hace constar que el sermón en forma homilética de Don Marcelo González Martín ha sobrepasado, considerado en relación con los sermones de los otros dos opositores, muy considerablemente, y, no teniendo puntos con qué expresar esta diferencia, lo hace constar a los efectos que procedan”.

Fue nombrado Canónigo. Trabajó cada vez con mayor intensidad en diversos campos. Promovió diversas obras sociales, impulsado por un hecho triste: Apareció un hombre muerto en la calle y los médicos certificaron que había fallecido de hambre. Lo expuso en un sermón, en la iglesia de San Benito, el año 1950, llamando severamente la atención e insistiendo que no se podía permitir que en Valladolid, la ciudad, que se consideraba modelo de vida cristiana y cuna de la justicia social del Movimiento Nacional, se permitiera un hecho como éste. Algunos alzaron protestas duras contra el predicador y tuvo problemas serios con la Autoridad civil. Al final, con trabajo, todo se aclaró y Don Marcelo no lo quiso dar más importancia en su vida.

Antes me he referido al Sr. Arzobispo de Valladolid, que no le permitió hacer el doctorado y después no le dio autorización para ir a Madrid. Este Arzobispo, como después el que le sucedió, Don José García Goldáraz, quisieron siempre mucho a Don Marcelo y éste veneró y quiso siempre mucho a sus Prelados. En el asunto conflictivo citado, el Arzobispo Don Antonio García, le defendió con todo el ardor y llegó a decir al Gobernador Civil -iel año 1950!- lo siguiente: *“Todo lo que ha dicho Don Marcelo lo suscribe por completo su Prelado y, antes de que le toquen lo más mínimo, tendrán que llevar por delante al Arzobispo de Valladolid”*.

ESTE HECHO, unido a las múltiples actividades, cada vez más numerosas e importantes que iba desarrollando, en ambientes muy diversos, le hizo una figura central en la vida del Valladolid de aquellos años.

Al cumplirse este año el cincuenta aniversario de su consagración episcopal, me fijo ahora en los tres nombramientos de Obispo que tuvo, con sus vicisitudes y su actitud en la aceptación de los mismos.

OBISPO DE ASTORGA.

Dudas serias y entusiasmo contagioso

Antecedentes:

El 15 de octubre de 1957, fue inaugurado el Seminario menor de Valladolid. El Nuncio de Su Santidad en España, Monseñor Hildebrando Antoniutti, fue a presidir los actos y visitó, antes de regresar a Madrid, el Barrio de San Pedro Regalado, cuya construcción había promovido y estaba llevando adelante Don Marcelo. El Sr. Nuncio quedó admirado de la obra realizada y de los proyectos que el Patronato Diocesano de San Pedro Regalado, formado por Hombres de Acción Católica, tenía en marcha, y a los pocos días envió una carta, muy elogiosa, manifestando su gozo por haber podido ver esa gran obra social de la Iglesia.

Desde ese momento ya era comentario general en Valladolid que a Don Marcelo le iban a nombrar Obispo. Vivía su madre, que estaba muy enferma, y su hermana Angelita, -a la que muchos de Uds. recordarán,- muy inteligente y expresiva, llegó un día a casa, preocupada y nerviosa por lo que oía en la calle, porque estaban muy a gusto en Valladolid y *“¿cómo iban a moverse de allí -decía- con lo enferma que estaba su madre?”*. Don Marcelo las calmó a las dos con una razón, que creía definitiva: *“No se preocupen, -les dijo-. No pueden hacerme obispo, porque no tengo el doctorado. Así que tranquilas...No hay peligro”*. La madre murió en octubre de 1958.

Y así llegamos a diciembre de 1960. Mejor que poner yo literatura de mi cosecha es leer las notas manuscritas que escribió Don Marcelo en unas cuartillas. Dice lo siguiente:

“Asunto. Obispado de Astorga

- 14. Diciembre – 1960. Recibo carta Nunciatura pidiendo aceptación.
- 15-Diciembre. (4,30 tarde) Consulto Prelado si un sacerdote suyo puede, para pedir consejo, hablarle sobre comunicación Nunciatura, "Sub secreto St. Officii". Dice que pida permiso al Nuncio.

- 15 dic. (7 tarde). El Prelado me comunica que de la Nunciatura le avisan que me diga que conteste telegráficamente, esta misma noche, a lo que me han propuesto.
- Id. (9 noche). Pongo telegrama que dice: “Recibida nota. Sábado mañana visitaré Nunciatura”.
- 16 (4 tarde). Salgo para Madrid exprés de Irún. A las 9 (de la noche) llamo a Mons. Bugallo, desde el Hotel Moderno. A las 9,45 llamo a Mons. Cheli para pedir audiencia. Me dice que hacia las 11 de la mañana (del día siguiente).
- 17 (8 mañana). Lllaman al Hotel desde la Nunciatura, para decirme que S. E. me recibirá a las 10,30.
- 17. (10,30). Estoy con el Nuncio. Expongo razones en contra: a) las obras que llevo entre manos; b) no tener estudios de Derecho Canónico; c) carácter independiente; d) miedo a la responsabilidad. No da importancia ninguna. Insiste. Insisto yo. Termino aceptando, con humildad y con pena. Dice que no debo hablar con nadie, ni siquiera con el Sr. Arzobispo.
- 17. (11,30). Salgo de Nunciatura, después de haber visto a Don Diego Bugallo. En Madrid hasta las 4 de la tarde, en que tomo el tranvía para Valladolid.

Durante el viaje, creciente disgusto y preocupación. Molestia interior. Agobiadora. Con frecuencia tengo que dominarme para no llorar. Final de viaje, tomo resolución en contra.

- 17. (9, 1/2 de la noche) Está Edmundo en la Estación. Desde aquí me voy a Telégrafos y pongo un telegrama al Nuncio, que dice: “*Después profunda reflexión, imposible aceptar. Escribo*”. Me voy a casa a escribir una carta, que sale a continuación. Copia aparte. Después de esto me quedo mucho más tranquilo.
- 18 diciembre. Escribo a Nunciatura segunda carta, ampliando la de anoche. Copia aparte. La pongo en correo a las 6,30 tarde. La carta dice:

Domingo, 18-XII-1960

Excmo. Señor:

Amplí mi carta de anoche, por el respeto que debo a V.E., para explicar mejor las razones de la decisión tomada. No trato de disipar la mala

impresión que he podido causarle, pues soy el primero en comprender que merezco un juicio severo y desfavorable.

Me presenté a V. E. con ánimo de decir que no, pero me quedé paralizado al ver con qué facilidad y con qué amable autoridad eran consideradas como de ningún valor las razones por mí expuestas. Sin duda actuaba en mi subconsciente la idea de que era obstinación irrespetuosa y antisacerdotal seguir diciendo que no a quien para mí representaba tanto. Era la primera vez que me veía en un momento extraordinariamente solemne de mi pobre vida. Y terminé diciendo que sí con humildad. Pero después pasé un día horrible y lleno de turbación. La falta de paz fue aumentando y, al llegar a Valladolid, me decidí a poner el telegrama y la carta.

Mi decisión negativa es ahora clara y definitiva, Sr. Nuncio, y de nuevo le ruego que no vea en este lenguaje ninguna falta de respeto. Soy completamente indigno. Me faltan fe y confianza en Dios para persuadirme del aspecto sobrenatural del asunto. Me pongo a pensar en el futuro y no veo más que oscuridad y desconcierto en mi alma. Ni siquiera me tranquiliza la idea de que es el superior quien debe decidir en estos casos. Pienso que hay un reducto último intransferible en cada ser humano, al que están reservadas las decisiones de que cada cual debe responder ante Dios. Si ello es una falta de humildad, demostraría también que no soy digno de lo que se me propone.

No olvidaré nunca, Sr. Nuncio, esta prueba de estimación que me ha dado, tan inmerecidamente por mi parte, como ahora puede verlo. Olvide V. E., si quiere seguir siendo bondadoso conmigo, lo que en mí ha habido de torpeza y de confianza en Dios.

Con el mayor respeto, me reitero de V. E. s. s. en Xto. M.G.

- 18. (7,30 tarde) Recibo telegrama Nuncio, diciendo que vaya personalmente a presentar escrito. No ha lugar, porque ya ha salido por correo. Decido no ir, pues mi carta ya había salido.
- 20. (9,30 mañana. Recibo nueva carta Nunciatura muy terminante, y ya no sé qué hacer. No contesto. Esta carta dice:

Sub secreto S. O.

Nº 2061/60

Madrid, 19 de diciembre de 1960

Reverendísimo Señor:

He leído y considerado detenidamente sus cartas, y no he encontrado ninguna razón seria y fundada que justifique su contestación negativa.

Comprendo el estado de ánimo en que se encuentra, pero le invito a considerar “coram Deo” que es el Papa quien le llama al Episcopado y que los nombramientos de los Obispos se hacen después de larga y madura consideración. Piense que “*sufficiencia nostra ex Deo est, qui et idóneos nos fecit Ministros Novi Testamenti*”.

Vd. ha presentado sus razones y puede estar tranquilo. El Eterno Pastor “*Episcopus animarum nostrarum*” le ayudará en el ejercicio del Sagrado Ministerio.

Le encomienda al Señor, su afmo. en Xto. Ildeb. Antoniutti., N. A.

- 23. (11 mañana). Me llama el Sr. Arzobispo para decirme que le han avisado de la Nunciatura, diciendo que llame (yo) por teléfono.
- 23. (1,20). Conferencia telefónica con Mons. Cheli. Dice que porqué no he ido a Madrid. Le explico. Añade que salga esa misma tarde, para ver mañana al Sr. Nuncio y que debo dar respuesta afirmativa. Digo que iré.
- 23, tarde. Decido no ir. Escribo carta aceptando. Ver copia. Que se cumpla la voluntad de Dios. Carta al Sr. Nuncio:

23. Diciembre. 1960

Excmo. Sr.:

Me es muy difícil ponerme en camino esta tarde, por lo cual prefiero utilizar este medio para decirle lo mismo que de haber ido, le hubiera dicho mañana de palabra.

Acepto, con humilde resignación y lleno de dolor, lo que me ha propuesto. Nada nuevo tengo que añadir a lo que ya he manifestado a V.E. Me escribió una carta el día 19, en que se refería a mis dos anteriores. Con mi silencio quise significar que me ponía en sus manos, aunque a disgusto. Ahora lo hago de una manera explícita. Que se cumpla la voluntad de Dios, tal como llega hasta mí por medio de V.E.

Dígnese recibir, una vez más, el testimonio de mi mayor respeto y devoción. M.G.

P.D. No acudí a Madrid, a la llamada del telegrama del 18, porque ya había puesto mi carta en el correo. Perdona que use este papel (de Cáritas); no tengo otro a mano.

- 1. Enero. 1961. Recibo carta Nunciatura, diciéndome que el próximo día 5, a mediodía, se hará público. “Fiat voluntas tua!”.

Los años de Obispo de Astorga fueron de una actividad arrolladora y de un entusiasmo contagioso. Fueron, además, los años del Concilio Vaticano II, que Don Marcelo vivió con ilusión de hijo enamorado de la Iglesia y entusiasmado con los horizontes que se abrían para la evangelización.

Sin tiempo para desarrollar este punto, quiero resaltar que el Papa Pablo VI alabó públicamente una de sus intervenciones en el Aula Conciliar. Después los Papas Beato Juan Pablo II y Benedicto XVI le distinguieron como modelo para todos en el conocimiento que tuvo del Concilio y en la aplicación que hizo del mismo durante su vida.

A los tres años de estar en Astorga, en junio de 1964, el Nuncio Monseñor Antonio Riberi recorrió durante tres días la Diócesis, acompañado de Monseñor Benelli, Consejero entonces de la Nunciatura. Un mes después volvió el Sr. Nuncio por otro motivo y, al salir de la Residencia Episcopal, dijo a Don Marcelo, -yo lo oí de pasada-: “*Vaya haciéndose a la idea de que pronto tendrá que salir de esta diócesis para ir a un Arzobispado*”. Respuesta: “*Bueno, Sr. Nuncio. Dejemos ese asunto por ahora...*”

ARZOBISPO COADJUTOR DE BARCELONA.

Elegido por el Papa, respondió: ¡aquí estoy!

El año 1965, en los meses de octubre y noviembre, durante la cuarta y última sesión del Concilio, Mons. Riberi fue varias veces a verle al Aula Conciliar, sin que se trasluciera nada especial de lo que hablaron.

Después de regresar del Concilio, a finales de diciembre, el Sr. Nuncio le pidió que le hiciera un discurso sobre “Santa Teresa, Patrona de los escritores españoles”, con ocasión del nombramiento que el Santo Padre había hecho de la Santa de Ávila, a petición de la Real Academia de la Lengua. A mediados de febrero se celebraba una reunión de dirigentes de las CEAS –Comisión Episcopal de Apostolado Seglar- en un colegio que las Religiosas del Sagrado Corazón tenían en la calle Caballero de Gracia-esquina a la calle del Clavel. El

Nuncio fue el día 14, a recoger el discurso, y estuvieron hablando más de media hora.

El día 16 al terminar la reunión nos fuimos, pasando por el Noviciado de las Madres Teresianas de Ávila, a Valladolid, donde llegamos al atardecer. Don Marcelo pensaba quedarse allí unos días y yo iría al pueblo, a ver a mis padres. Al día siguiente, 17, salí a dar una vuelta por la ciudad y cuando llegué, a la hora de comer, me dijo que teníamos que volver por la tarde a Madrid. Don Marcelo se hospedaría en la Nunciatura “¡Con todo el secreto!”, y me advirtió que yo no dijera a nadie dónde estaba él. A las 10 de la mañana del día siguiente, el 18, le recogimos el chófer y un servidor. Al salir de la Nunciatura nos contestó, muy serio, a nuestro saludo de los buenos días y al subir al coche, solamente dijo: “A Valladolid”. No pronunció ni una palabra más durante el camino. Yo le miraba de reojo y decía para mis adentros: “Aquí ha pasado algo gordo. Ya veremos...” Al llegar a la urbanización del Puente Viejo, junto al río Voltoya, muy cerca del Km. 98, mandó parar al chófer.

Me dijo que bajara yo del coche. Nos separamos a una distancia “como de un tiro de piedra” ¡qué frase evangélica más apropiada para el momento! Y me dijo muy resuelto: “*Ya no puedo más. Lo que te voy a decir es “secreto de Santo Oficio”. Hasta después que se publique, no lo puedes hablar con nadie; ni yo debía decírtelo, pero no aguanto más... Estoy a punto de reventar. Mira: me ha llamado el Nuncio, porque me mandan a Barcelona de Arzobispo Coadjutor, para ser nombrado dentro de unos meses Arzobispo residencial. Me he estado resistiendo todo lo que he podido*”.

“Durante la última sesión del Concilio, cuando iba a verme al Aula Conciliar, ya me lo dijo, y yo le he venido presentando razones por las que no debían enviarme a Barcelona: Tengo muchas obras empezadas en Astorga; está en marcha todo lo que venimos preparando para la aplicación del Concilio; y sobre todo, porque sé que allí están esperando un obispo que sea catalán y no admitirán a uno que no lo sea. Le he dicho repetidamente al Nuncio que yo soy castellano y muy castellano. Bueno, pues a fuerza de exponerle estas razones, me hizo caso y el otro día, cuando fue a recoger el discurso sobre Santa Teresa, me dijo que ya no iría yo a Barcelona, que habían cambiado el orden de la terna y en Roma siempre eligen al primero. Que por ahora estuviera tranquilo. Pero que me fuera haciendo a la idea de que pronto tendría que salir para otro Arzobispado. Y que así ya lo había convenido con el Gobierno. Pero que, al llegar la documentación al Papa, éste ha dicho que no, que quien tiene que ir a Barcelona, porque es el más apropiado, es el Obispo de Astorga, a quien él oyó hablar en el Concilio y al que ha venido siguiendo desde entonces. El Nuncio me ha apretado mucho. Me ha dicho con insistencia: Ud. que tanto quiere a la Iglesia y tan bien expone las razones por las que hay que servirla siempre, aunque nos cueste sacrificio, ahora tiene la ocasión de demostrar que verdaderamente cree lo que predica. Más aún, me ha dicho que

es claramente la voluntad de Dios, porque ha sido el mismo Papa quien, rayando la violación del Concordato, se ha saltado el orden convenido de la terna y me pide y, en cuanto puede hacerlo, me manda que acepte. Es más, me ha llegado a decir que no hay modo en la tierra más claro de que se manifieste la voluntad de Dios, a no ser que yo quiera exigir que baje un ángel del cielo a comunicármelo, como hizo con la Santísima Virgen. Ante esto me rendí y le dije claramente: sé que voy a fracasar, pero “fiat voluntas Dei”. Allí estaban con el Nuncio los dos secretarios (que eran -añado yo- los Monseñores Uhac y Cacciavilan). Después continuamos hablando de diversos asuntos, hasta que nos avisaron que estaba dispuesta la cena.

Cuando ya íbamos hacia el comedor, le dije: “Mire, Sr. Nuncio, he dicho que sí sin pensarlo detenidamente, pero déjeme que lo medite esta noche más despacio; mañana le daré la contestación definitiva. Si veo que debo aceptar, no hay problema. Pero si veo que no puedo aceptar, no se preocupe, escribiré al Santo Padre, exponiendo las razones y, si esto se considera como falta de obediencia, estoy dispuesto a renunciar al ejercicio del episcopado y vuelvo a Valladolid a predicar y a seguir los trabajos que empecé hace años”.

El Nuncio me dijo: “Ahora ya no puede hacerlo. No sé si se dio cuenta que cuando Ud. dijo que sí, salió uno de los secretarios. Fue a poner un telegrama cifrado al Papa y en este momento ya está su aceptación sobre la mesa del Santo Padre. Ahora no sólo sería desobediencia, sería una cosa más seria, una falta grave de fidelidad a la palabra dada al Papa. Ud. no se preocupe, tenga confianza en Dios. Nosotros le ayudaremos todo lo que sea preciso”.

Y, casi llorando, me añadió Don Marcelo: “Y te digo todo esto ahora, porque necesito pedirte un favor: Te lo pido por favor, no me dejes en esta situación ¿querrás venir conmigo? Yo le respondí en el acto que sí; que yo iría con él donde él quisiera. “Lo esperaba. Muchas gracias”, -me dijo-. Y me dio un abrazo, que aún estoy sintiendo en mis espaldas.

Seguimos camino hacia Valladolid. Por la tarde yo fui a ver a mis padres, y el día 21 nos fuimos para Astorga. El nombramiento se hizo público el 22, martes. Y fíjense lo que son las cosas. Hasta el día 17 estuvo resistiéndose y sólo aceptó ir a Barcelona cuando el Nuncio le aseguró que era voluntad expresa y personal del Santo Padre y el día 23, -para mí el primer 23-F famoso-, por la noche, empezaron las llamadas; la primera la de dos colaboradores de la revista “Serra d’ Ór”, editada en el Monasterio de Montserrat, acusándole de que iba impuesto por Franco contra la voluntad del Papa Pablo VI. y anunciando que, como llegase a ir, le iban a “hacer la vida imposible”. A partir del día siguiente, llovieron llamadas por teléfono, telegramas, cartas y escritos notariales, de protesta. También recibió muchísimas felicitaciones.

Unos días después, en una visita que hizo el Papa a una parroquia de Roma, vio en una de las calles por donde pasaba unas pancartas, con la inscripción “*Volem bisbes catalans*” (Queremos obispos catalanes). Vino un enviado del Papa a la Nunciatura a informarse de lo que pasaba. El Nuncio se asustó y empezó a dudar. Don Marcelo entonces le dijo: “*Ahora, Sr. Nuncio, ya no es tiempo de dudas. Es hora de dar la cara. Recuerde que yo expuse repetidamente las razones por las que no debía hacerse el nombramiento. Que yo iba a sufrir y a servir, y ahora todos debemos mantener el principio de autoridad. En este momento nadie debe volverse atrás*”.

El 19 de mayo tomó posesión, acompañado de un gentío inmenso y con una expectación como nunca hasta entonces se había producido en la toma de posesión de un obispo.

La mayoría fueron por acompañar y desagraviar al nuevo Arzobispo. No faltaron curiosos con más o menos interés, ni informadores que transmitieron a Madrid noticias e interpretaciones sesgadas, acusando al nuevo Arzobispo Coadjutor de ser demasiado blando con los catalanistas y con los enemigos del régimen. Allí estuvieron también algunos de los juramentados para “hacerle la vida imposible”. De todo hubo. Desde el principio se vio que aquello estaba muy revuelto, los ánimos muy exaltados y cada uno iba a intentar llevar al nuevo Arzobispo a su terreno.

TOLEDO.

Nombramiento a contrapelo y madurez en plenitud

El Cardenal Pla y Deniel falleció el 5 de julio de 1968, cuando estaban en marcha las gestiones para el nombramiento de cuatro obispos auxiliares para Barcelona. Allí seguían los problemas contra el Arzobispo castellano y el Sr. Nuncio le dijo: “Ahora podríamos encontrar una solución para que Ud. salga de Barcelona. Vamos a ir con calma en lo de los Obispos auxiliares, hasta ver si se despeja el camino de Toledo”. Pero, pasado el verano, le dijo: “No va a ser posible lo de Toledo. Sigamos con lo de los obispos auxiliares”. ¿Qué había pasado? El Gobierno utilizó los recursos concordatarios que tenía a su alcance, para evitar que el Papa pudiera cambiar el orden de la terna de los candidatos, como había hecho con el nombramiento para Barcelona. Más adelante leeré una carta que nos lo puede aclarar.

En esa ocasión Don Marcelo siguió en Barcelona y no vino a Toledo.

El 30 de mayo de 1971 fallece Don Casimiro Morcillo, Arzobispo de Madrid. El Sr. Nuncio le dice de nuevo: “Con aprobación superior haremos todo lo posible para que Ud. salga de Barcelona y venga de Arzobispo a Madrid”. A

Don Marcelo no le hizo gracia la propuesta, porque salir de Barcelona para venir a Madrid era salir de tormenta y meterse en nublado y se limitó a decir: “Veremos y esperemos y, si llega el caso, obedeceré.”

A mediados de agosto, en Madrid, un señor con cargo importante le dijo, dentro del coche en que acompañaba a Don Marcelo. Yo iba en el asiento delantero y lo oí: “En el último Consejo de Ministros, ya han dado el “placet” de su nombramiento para Arzobispo de Toledo. Me lo ha dicho un Ministro con quien tengo relación muy cercana, a quien yo dije que le iba a ver hoy a Ud. en Madrid”. A Don Marcelo no le agradó esto, no por Toledo, -que sí le gustaba- sino por lo que representaba de interferencia del Gobierno y porque la noticia le llegara por una tercera mano, de parte de la autoridad civil, y respondió de forma evasiva: “Bueno, ya veremos lo que ocurre...”.

¿Qué estaba pasando entre bastiones? ¿Qué manejos se traían llevándole a él de un lado para otro?

Ya entrado el mes de noviembre, el Sr. Nuncio le comunica de palabra que el Santo Padre desea nombrarle Arzobispo de Toledo y pide su aceptación. Don Marcelo responde que contestará por escrito, y el día 13, -estamos en 1971- escribe una carta al Sr. Nuncio, en la que, entre otras cosas, dice:

“He reflexionado intensamente en estas horas que pedí a Vuestra Excelencia para poder dar una respuesta más meditada.

Mi determinación es aceptar la voluntad del Santo Padre y trabajar por la Iglesia donde él crea que debo hacerlo. Si esa voluntad es que deje la Archidiócesis de Barcelona y pase ahora a la de Toledo, lo acepto con ánimo sincero y bien dispuesto.

Esta disposición fundamental, que prevalecerá sobre cualquier otra, no me impide añadir las siguientes manifestaciones, que quisiera fueran expuestas también al Santo Padre.”

Y, después de varias consideraciones, concluye la carta:

“Quiero hacer constar que yo no admitiría de ningún modo ser candidato del Gobierno para una u otra Diócesis, en contraposición de los deseos de la Santa Sede. Mi actuación es bien conocida: colaboración digna con la Autoridad, que no me ha estorbado para decir privada y públicamente, incluso antes de que hablaran muchos Obispos, lo que he creído que era un deber pastoral en cuestiones ingratas. Por esto he recibido muchos ataques en escritos y aun en folletos impresos que han circulado por todas partes.

Si yo hubiera de ser obispo en una u otra Diócesis, más por deseo del Gobierno que por el del Santo Padre, prefiero renunciar al ejercicio activo del Episcopado”.

Se reitera de V.E. s.s. en Cristo.

Marcelo González, Arzobispo de Barcelona.”

A últimos de ese mes de noviembre Don Marcelo fue a Roma, para participar en la reunión anual de la Congregación de la Doctrina de la Fe. Al llegar a su residencia, la Casa Generalicia de la Compañía de Santa Teresa, sin haber solicitado aún audiencia, se encontró con una comunicación del Vaticano, (Mons. Marcello Rosetti – Sor Giuliana)) indicándole que al día siguiente debía pasar a visitar al Sr. Cardenal Secretario de Estado. De acuerdo con este aviso, se entrevistó con el Cardenal Jean Villot, el cual le aseguró que era voluntad del Papa que aceptase ser Arzobispo de Toledo; que habían tenido que negociar con el Gobierno de acuerdo con el Concordato, y le transmitía el deseo del Santo Padre. En ese momento Don Marcelo aceptó muy gustoso el nombramiento.

El sábado, 4 de diciembre, al final de una Plenaria de la Conferencia Episcopal, - junto con los traslados de otros seis obispos para diversas diócesis- se hizo público el nombramiento de Don Marcelo como Arzobispo de Toledo, y el día 23 de enero de 1972, Solemnidad de San Ildefonso, hizo su entrada en la Archidiócesis Primada, de la que fue Arzobispo hasta el 23 de junio de 1995 y después Administrador Apostólico hasta el 24 de septiembre. Llegó lleno de salud y de ilusión, con plena madurez y mucha experiencia, con 54 años recién cumplidos, y aquí trabajó y gastó muy a gusto los últimos casi 24 años de su vida de Obispo. En Toledo fue feliz y, como buen padre, trabajó, gozó y sufrió, unido siempre a la suerte de todos sus diocesanos, en particular de los seminaristas y de los sacerdotes, a los que amó con entrañas de padre.

Entre los documentos que se conservan en el archivo personal, en el que desde hace tres años venimos trabajando la H^a Pilar de Felipe, Teresiana, y un servidor, hay dos escritos sobre el nombramiento para Toledo, que explican suficientemente algunos aspectos de la vida de Don Marcelo, sobre todo en el punto de obediencia y libertad, que estoy exponiendo.

Uno de estos documentos es la **carta que un señor, muy conocido, de Madrid, cuyo nombre omito, que tenía mucho trato con el Sr. Nuncio Monseñor Dadaglio, escribió el día 17 de enero de 1993, a Santiago Martín, sacerdote y periodista, con ocasión de un artículo que éste había publicado en el diario ABC, el día anterior**, fecha en que Don Marcelo cumplió los setenta y cinco años, y había presentado su renuncia, poniendo la diócesis a disposición del Santo Padre. Este señor envió copia a Don Marcelo, y el texto de la carta es el siguiente:

Madrid, 17 de enero de 1993

Sr. Don SANTIAGO MARTÍN

Diario ABC.- MADRID

Muy Sr. mío:

“Me han sorprendido un tanto algunas de las afirmaciones que hace usted sobre el traslado del Cardenal González Martín a la Diócesis de Toledo.

Yo no sé con quién ha hablado usted para que diga que “el Papa Pablo VI tuvo que convencer al Cardenal Tarancón para que aceptase abandonar Toledo y dejarle el puesto al que venía de Cataluña. Esta operación sirvió con todo, a los designios del Papa Montini que quería tener a Tarancón en Madrid...”

Yo sí le voy a contar ahora cómo fue la ida del Cardenal Tarancón a Madrid. Se lo voy a contar de propia mano, no de cosas que otros han dicho o se han inventado.

Estas cosas deben decirse con mente clara y con rigor histórico.

Cierta tarde me llamó a casa el Sr. Nuncio Luigi Dadaglio, de gratísima memoria para mí y para tantos. “XX, *¿podrías venir mañana y acompañarme a Toledo para, después de entrevistarme con el Cardenal Tarancón ir a comer los tres?*”. Naturalmente le dije que sí.

Vivía todavía, muy enfermo el Sr. Arzobispo, el Dr. Morcillo.

Recogí al Sr. Nuncio en la Nunciatura y los dos nos fuimos a Toledo. Al llegar a Illescas, me hizo esta pregunta: “Don XX, si muriera el Dr. Morcillo ¿a quién pondría usted de obispo en Madrid?”. Realmente era para mí una pregunta insólita, ya que nunca había hablado yo con él de temas referentes a obispos u otras cosas sobre la Santa Madre Iglesia. Yo era un amigo y no tenía por qué hablar de estos asuntos, para nada. Sin embargo, volvió a insistir tozudamente, en vista de lo cual le dije: ya lo sé. Cojo a D. Marcelo, que los catalanes se lo hacen pasar muy mal, no todos, sino algunos, y lo pongo en Madrid. “¿Y en Barcelona, a quién pondrías?”. Mi contestación fue: “¿No quieren a un catalán?, pues cojan al obispo de Gerona, el Dr. Jubany, catalán y medio, para ellos y que lo disfruten”.

El Sr. Nuncio me dijo: “Pienso lo mismo que tú, pero ¿tú crees que van a dejar que lo hagamos?”. Yo le dije, Excelencia, usted me ha pedido mi parecer, se lo he dado y punto.

Llegamos a Toledo, yo saludé al Cardenal Tarancón. Se reunieron los dos mucho tiempo. Después nos fuimos a comer el Sr. Nuncio y yo, y no vino el Sr. Cardenal.

Pasaron los años, nunca más volvimos a hablar de este asunto.

Murió el Dr. Morcillo y el Dr. Jubany fue a Barcelona y a Toledo NO fue el Dr. González Martín, sino el Cardenal Tarancón.

Unos años antes de morir el Cardenal Dadaglio estaba yo en Roma con mi mujer, comiendo en casa del Cardenal. En la sobremesa a bocajarro me dijo: “¿Te acuerdas de aquella conversación que tuvimos, cuando íbamos a Toledo, referente a si moría el Dr. Morcillo y a quién podría ponerse de sucesor?”. Yo le dije, efectivamente lo recuerdo muy bien. Él entonces dijo: “Ya no estoy en España, han cambiado muchas cosas, y lo que te voy a decir, si quieres puedes decirlo cuándo y dónde quieras.”.

“Yo propuse al Dr. Jubany para Barcelona, y a Don Marcelo para Madrid. El Papa Pablo VI lo aprobó, pero el gobierno de Franco se opuso a Don Marcelo porque era demasiado progre, y como el Cardenal Tarancón se había hecho muy amigo de Doña Carmen Polo de Franco, en la época de Oviedo, Don Marcelo fue a Toledo y el Cardenal Tarancón a Madrid”. Y añadió: “Ya ves que a veces la historia no se escribe bien. Yo lo siento, porque he notado como si el Cardenal González Martín pensara que fui yo quien le impidió ir a Madrid y yo hice todo LO POSIBLE”.

Hasta ahora no había contado esto; sin embargo, creo que hay que ser veraces aunque duela.

Yo no podía callarme, primero por el buen nombre de un amigo, el Cardenal Dadaglio, y para que se supiera que el Papa Pablo VI quería a Don Marcelo en Madrid.

Otros podrán decir lo que quieran, pero esta es la verdad de lo que pasó.

Suyo afectísimo. Firmado: XXX, con nombre y apellido

Además de otros comentarios que podrían hacerse a esta carta, voy a referirme a dos.

Primero. -Lo que apunta sobre: Que Monseñor Dadaglio tenía la impresión de que Don Marcelo le culpaba a él de que no hubiera ido a Madrid, -añado yo- como si Don Marcelo lo hubiera buscado o al menos deseado. No es cierto. **A Don Marcelo no le apetecía nada ir a Madrid**, porque salir de Barcelona para venir a Madrid, donde no había catalanistas, pero sí otros muchos problemas, -y ya había tenido bastantes en Barcelona- no le hacía

ninguna gracia. Por lo que manifestaba no tener confianza con lo que le decían en la Nunciatura era por las noticias que le llegaban de que grupos de Barcelona, de los que estaban aliados para “*hacerle la vida imposible*”, eran con frecuencia muy bien recibidos en la Nunciatura, como apareció después, en un artículo, firmado por uno de los visitantes, en el “*El Correo Catalán*”, el 2 de noviembre de 1980, al día siguiente de cesar como Nuncio en España Monseñor Dadaglio.

El artículo titulado “***En el momento de la despedida del ex nuncio del Papa en España. Elogio catalán a la misión de Monseñor Dadaglio***” (Ver el anexo) da cuenta detallada de estas idas y venidas. Este grupo estaba formado por asiduos firmantes de los escritos contra el Arzobispo de entonces, como años después lo hicieron los mismos contra el Cardenal Carles. Al año de estar Don Marcelo en Barcelona ya publicaron un libro en francés y en catalán “*Le Vatican et la Catalogne*”, fomentando la campaña “*Volem Bisbes catalans*”. Éste fue el inicio de lo que algunos han llamado después, con énfasis, “*La iglesia catalana*” y otros con descaro “*La iglesia patriótica de Cataluña*” Esto sería largo de explicar y ahora no es el momento.

Comentario a otro punto: **El gobierno de Franco se opuso a que Don Marcelo fuera a Madrid porque era demasiado progre.** A muchos les resultará curiosa esta afirmación. A mí, no. Tiene su explicación en diversos hechos y repetidas informaciones tendenciosas, que llegaban a Organismos oficiales desde algunos sectores de Barcelona, que consideraron a Don Marcelo sospechoso, desde los primeros contactos que tuvo con el clero y grupos de seculares, porque estuvo abierto al diálogo con todos, a todos abrió los brazos, y no rechazó de plano a los considerados catalanistas y filo marxistas. Esta campaña aumentó a partir del otoño de 1967, un año y medio después de llegar a Barcelona, cuando no aceptó ser nombrado Procurador en Cortes. Había, durante aquel tiempo, una oficina de información “paramilitar” o militar, -no lo sé-, que no cesó de enviar informes en este sentido. Sería largo y curioso poder explicar estos datos. No hay tiempo ahora. Sólo señalo que llegaron a difundir un folleto anónimo, titulado “*Marcelo, traidor por cobarde*”.

La ilusión de Don Marcelo, ya desde niño, fue ser siempre sacerdote. Lo demás no lo buscó, lo aceptó por obediencia al Papa, su legítimo superior, El día de San Juan de Ávila de 1991, Don Marcelo celebró sus Bodas de Oro Sacerdotales, aquí en el Seminario, con quienes celebraban los cincuenta y los veinticinco años de sacerdocio. Don Tomás Domingo, Párroco entonces de Ocaña, hoy jubilado, compuso y recitó unos ripios poéticos. Sin que el tono jocosos que usó restara importancia al tema, acertó plenamente en la verdad que expuso. Escuchen lo que dijo:

¡Albricias, pues, D. Marcelo! // ¡Que tenga mucha alegría!

¡Qué cincuenta años de cura // No caen todos los días!

Ser obispo y otras cosas // Eso ha sido de rebote.

Lo grande y fundamental // ¡ES QUE HA SIDO SACERDOTE!

CARDENAL DE LA IGLESIA

Los ejercicios espirituales al Papa

Cuando estaba a punto de cumplir los 75 años, edad de pedir la jubilación, el Sr. Nuncio le comunicó de parte de Mons. Re, Sustituto de la Secretaría de Estado, que el Papa le invitaba, como reconocimiento a su persona y sus trabajos, a que dirigiera los ejercicios espirituales al Santo Padre y a la Curia Romana. Don Marcelo lo agradeció profundamente y aceptó en el acto. Pero cuando el Sr. Nuncio le dijo que tenía que predicarlos en italiano, manifestó con la mayor consideración que no podía aceptar, porque no dominaba el idioma. *“Ir a leer -dijo- sin poder improvisar sobre la marcha, recurso que considero esencial para llegar al corazón, sería una falta de respeto, en la que yo no quiero incurrir”*. Y añadió que si el Papa no consideraba válida esta observación, estaba dispuesto a dar los ejercicios. El Santo Padre comprendió la razón expuesta. Y el Sr Nuncio así se lo comunicó a **Don Marcelo, que hasta el final de su vida tuvo como norma ser obediente y libre.**

Comencé hablando de la devoción que Don Marcelo tuvo a San Agustín y la influencia que desde muy niño tuvo el Santo Obispo de Hipona en la vida del que, durante casi veinticuatro años, fue Arzobispo de Toledo. Esta vinculación con el Santo duró hasta después de la muerte.

Don Marcelo falleció en Fuentes de Nava el día 25 de agosto de 2004, la víspera de que empezaran las fiestas en honor del Santo Patrono. Al día siguiente, por la tarde, sus restos mortales fueron trasladados a Toledo.

La Misa *“de corpore insepulto”* se celebró en la Catedral, a las doce del mediodía del veintiocho de agosto, fiesta de San Agustín, a la misma hora en que empezaba la Misa de Fiesta Mayor en Fuentes de Nava, como si en un mismo acto eucarístico quisieran unirse la alegría atravesada por el dolor en Fuentes y el dolor de la muerte y la alegría de la resurrección en Toledo, donde al final de la Misa fue sepultado en la Capilla de San Ildefonso, de la Catedral Primada.

Muy cerca de aquí, en la parroquia de Santo Tomé, está el cuadro más famoso del Greco, en que aparecen San Agustín enterrando el cuerpo del Señor de Orgaz y la Virgen recibiendo su alma para introducirla en el cielo.

Desde que se produjo el fallecimiento pido a Dios que San Ildefonso, el Santo Arzobispo de Toledo, de quien Don Marcelo era devoto desde seminarista, y al que más de una vez había suplicado le prestara la casulla que le regaló Nuestra Señora, haya escuchado su petición, para que, asido a la mano de la Virgen de Gracia, Patrona de Villanubla, pudiera presentarse revestido con esa casulla ante Dios, Juez Misericordioso, y que San Agustín, a quien fue encomendado en la tierra, ya desde el seno de su madre, le haya acogido junto a sí en el seno del Padre celestial.

He hablado de cosas muy serias y hoy es día de fiesta. Para terminar les voy a contar una anécdota, que quizá les provoque la sonrisa. Por mi parte, si quieren, pueden reírse a gusto, con tal de que el centro de la hilaridad sea el sujeto paciente de la historieta. El primer acto que presidió Don Marcelo como Prefecto de Estudios del Seminario Menor de Valladolid, el 15 de junio de 1949, -no se me ha olvidado la fecha- fue presidir el tribunal del examen de quienes iban a ingresar en el Seminario y uno de los examinandos era este servidor de Uds., que entonces tenía once años. Y se ve que el examen me salió muy bien, tan perfecto que los examinadores decidieron: “Este chico merece ser escuchado de nuevo; que vuelva en septiembre”. Con un gran disgusto regresé al pueblo, hecho un mar de lágrimas. Pueden imaginarse lo que pasó... Pero no piensen mal. Seamos optimistas. No es que me suspendieran, es que querían disfrutar oyéndome de nuevo... Aquel 15 de junio fue la primera vez que vi a Don Marcelo cara a cara y el recuerdo que me dejó no fue muy grato... Pero ¿Quién puede juzgar los designios de Dios y los planes de los hombres?... Ya jubilado Don Marcelo, cuando estaba en Fuentes de Nava o aquí, en Toledo, y yo iba a estar con él cada día, me decía con frecuencia: “-*No dejes de venir por aquí. Ven siempre que puedas*”. Yo algunas veces, siempre en tono cariñoso y lleno de respeto, le respondía: “-*Qué barbaridad! Usted me cogió tanto cariño desde que me conoció, al mandarme que volviera a examinarme en septiembre, que ahora ifjese lo que son las cosas! ha tenido la gran satisfacción de tener que aguantarme más de cuarenta años*”. Y él se sonreía.

ANEXO

(Artículo publicado el “El Correo Catalán”, 2-Noviembre-1980)

“En el momento de la despedida del ex nuncio del Papa en España. Elogio catalán a la misión de Luigi Dadaglio”.

MADRID.- Ayer, a las 9 de la mañana, salio de Madrid, en dirección a Roma, el hasta ahora nuncio del Papa en España, monseñor Dadaglio. La repercusión de su tarea diplomática respecto a Catalunya la pondera Joseph M. Piñol en el siguiente comentario.

La permanencia de monseñor Luigi Dadaglio al frente de la Nunciatura apostólica en Madrid, a lo largo de casi catorce años, constituye de por sí un hecho significativo, elocuente e incluso excepcional. A decir verdad, es la expresión del reconocimiento, por parte de la Santa Sede, de una misión desarrollada, a menudo, en circunstancias difíciles y, a la vez, de su experiencia singular considerada indispensable bajo tres pontificados.

Como escribíamos recientemente, monseñor Dadaglio abrió las puertas de la nunciatura y las abrió incluso a los laicos.

Entre los numerosos contactos establecidos entonces, desde los distintos niveles eclesiales, nos limitaremos a recordar uno, realizado por un pequeño grupo de laicos de la iglesia local de Barcelona. Hoy no parece indiscreto romper aquel pacto de silencio que rodeó la preparación, la existencia y la celebración de aquellos encuentros sistemáticos con monseñor Dadaglio. La iniciativa partió de algunos laicos que trabajaban en el SAL (Secretariat d'Apostolat Laical), plataforma de reflexión en común y de coordinación de movimientos y asociaciones laicales, nacida después de la "caputxinada" y cuya existencia fue tenazmente ignorada por don Marcelo. Ignasi García Clavel, entonces presidente de la JIC barcelonesa, tuvo el primer encuentro con monseñor Dadaglio ya en el mismo año de su llegada. Luego siguió un intercambio de correspondencia. Y, finalmente, gracias a la amabilidad de uno de los consejeros de la nunciatura –trasladado luego a la Secretaría de Estado, donde ocupa un cargo de responsabilidad- obtuvimos una audiencia semestral con el nuncio, durante los años 70, 71 y 72. Los laicos que participaron en dichos encuentros fueron, si no recordamos mal, Ignasi García, Joseph Martorell, Pepe Sastre y el que suscribe estas líneas.

Cabe subrayar que monseñor Dadaglio nunca mostró la menor reserva clerical en su diálogo con nosotros, escuchando siempre con gran atención –y mucha paciencia- nuestras largas y detalladas exposiciones. Y, si con su proverbial tacto desviaba en algún momento la conversación era, sin duda, para reflexionar sobre cierto tema difícil, pero nos dejaba retomar el hilo de la misma. Asimismo, aceptó siempre cuantos documentos e informes le presentábamos con vistas a corroborar nuestros puntos de vista.

En primer lugar, se le sometía una relación de las cuestiones que considerábamos más interesantes, que generalmente aceptaba íntegra. Los puntos fundamentales solían ser los siguientes: urgencia de la normalización del

episcopado en Cataluña (volem bisbes catalans), panorámica de la situación pastoral de la diócesis de Barcelona y de su fase más crítica (presencia no dialogante de don Marcelo) indetikit de un nuevo obispo para Barcelona, sugerencias para la provisión de ciertas sedes, el momento eclesial y del episcopado del Estado español, etc. Al tocar ese último tema, era cuando curiosamente oponía una cierta resistencia y nos decía: por Dios, ustedes conocen bien los problemas de Barcelona y de Cataluña, pero no se metan ahora en los de toda España. Y es que nosotros queríamos complacer a algún amigo de tal o cual diócesis española, que nos había pedido una gestión concreta.

En este momento en que monseñor Dadaglio nos deja, es obligado reconocer el papel que jugó para mantener la independencia de la Iglesia frente al régimen franquista y, más concretamente, en la normalización del episcopado en Cataluña. Los cristianos catalanes debemos agradecersele. Josep M. Piñol